Más caro me costaste à mí que à tu madre, pues te crié y redimí con esta sangre; no me debías tú dejar por amor de tu madre. Con este aviso quedó el maestro espantado, y prefiriendo el amor de Jesucristo al amor natural de su madre, que le movía por su necesidad à dejar aquel estado, perseveró en la Orden, acabando en ella con mucho loor.

Aunque en este tratado parece que habemos hablado solamente con los religiosos; pero si los seglares sacasen de él, como deseamos, no inquietar á los religiosos, ni embarazarlos en sus negocios, ni entremeterse en el gobierno de la Religion, pidiendo y procurando que su pariente ó amigo vaya ó resida en tal parte, no sería de pequeño fruto, así para ellos como para nosotros.

TRATADO SEXTO

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

CAPÍTULO PRIMERO

De los daños grandes que se siguen de la tristeza.

Tristiam longe repelle a te, multos enim occidit tristitia, est non est utilitas in illa (1): Echa muy léjos de tí la tristeza, dice el Sabio, porque la tristeza ha muerto á muchos, y no hay en ella provecho alguno. Casiano hace un libro del espíritu de la tristeza, porque dice (2) que para curar y remediar este mal y enfermedad, no es menester menor cuidado y diligencia, que para las demas enfermedades y tentaciones espirituales que se nos ofrecen en esta vida, por los muchos y grandes daños que se siguen de ella, los cuales va allí poniendo y fundándolos muy bien en la Escritura Sagrada. Guardaos, dice, de la tristeza, no la dejeis entrar en vuestro corazon; porque si le dais entrada, y se comienza á enseñorear de vos, luégo os quitará el gusto de la oracion, y hará que os parezca

⁽¹⁾ Eccli., XXX, 24.—(2) Cas. lib. 9 instit. renunt. Ejer. Roorig.—Tom. IV.

larga la hora, y que no la cumplais enteramente: y aun algunas veces hará que os quedeis del todo sin oracion y que dejeis la leccion espiritual. Y en todos los ejercicios espirituales os pondrá un tedio y un hastío que no podais arrostrará ellos: *Adormecióse de tedio mi ánima (1).* En este verso, dice Casiano (2), declara muy bien el Profeta estos daños que se siguen de la tristeza. No dice que se adormeció su cuerpo, sino su ánima: porque con la tristeza y acidia espiritual cobra el ánima tanto tedio y hastío á todos los ejercicios espirituales y á todas las obras de virtud, que está como dormida, inhábil, y torpe para todo lo bueno. Y algunas veces es tan grande el fastidio que tiene uno con las cosas espirituales, que le vienen á enfadar y dar en rostro los que tratan de virtud y de perfeccion; y aun algunas veces los procura retraer y estorbar de sus buenos ejercicios.

Tiene tambien otra cosa la tristeza, dice Casiano, que hace al hombre desabrido y áspero con sus hermanos. San Gregorio dice: La tristeza mueve á ira y enojo (3); y así experimentamos que cuando estamos tristes, fácilmente nos airamos y nos enfadamos luégo de cualquiera cosa; y más, hace al hombre impaciente en las cosas que trata, hácele sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal manera al hombre la tristeza, que parece que le quita el sentido y le saca fuera de sí, conforme á aquello del Eclesiástico: Non est sensus, ubi est amaritudo (4): Donde hay amargura y tristeza, no hay juicio. Y así vemos muchas veces que cuando reina en uno la tristeza y melancolía, tiene unas aprehensiones tan fuera de camino, y unas sospechas y temores tan sin fundamento; que los que están en su seso se suelen reir y hacer conversacion de ellas como de locuras. Y á otros habemos visto hombres gravísimos de grandes letras y talentos, tan presos de esta pasion, que era gran compasion verlos unas veces llorar como criaturas, y otros dar unos suspiros que no parecía sino que bramaban. Y así, cuando están en su seso, y sienten que les quiere venir esta locura que bien se puede llamar así, se encierran en su aposento para allí á solas llorar y suspirar consigo, y no perder la autoridad y opinion con los que les vieren hacer tales cosas.

Si quereis saber de raiz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazon, dice Casiano, el Espíritu Santo nos los declara brevemente por el Sabio: Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazon del hombre (1). La vestidura comida de polilla no vale nada, ni puede servir para nada; y el madero lleno de carcoma no es de provecho para el edificio, ni se puede cargar sobre él peso alguno, porque luégo se hace pedazos; así el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno. Y no pára aquí el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazon es causa y raiz de muchas tentaciones y de muchas caidas: Multos enim occidit tristitia (2). A muchos ha hecho la tristeza caer en pecados. Y así llaman algunos á la tristeza nido de ladrones y cueva de los demonios, y con mucha razon. Y traen para esto aquello que dice el santo Job del demonio: *Duerme á la sombra (3).* En esa sombra y oscuridad, en esas nieblas y tinieblas de esa confusion

⁽¹⁾ Dormitavit anima mea præ tedio. Psalm. CXVIII, 28.-(2) Cas. lib. 10, cap. 4.—(3) Tristis ex propinquo habet iram. Greg., lib. 31. Mor., c. 31.-(4) Eccli., XXI, 15.

⁽¹⁾ Sicut tinea vestimento, et vermis ligno, ita tristitia viri nocet cordi. Prov. XXV, 20 .- (2) Eccli., XXX, 23 .- (3) Sub umbra dormit. Job, XL, 16.

que teneis cuando estais triste, ahí duerme y se esconde el demonio, ese es su nido y madriguera, y ahí hace él sus mangas, como dicen; esa es la disposicion que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quiere. Así como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas (1), así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche v oscuridad de la tristeza, y entónces acomete con todo género de tentaciones: *Tienen preparadas sus saetas dentro de la aljaba, para asaetear á escondidas á los que son de rec-

TRATADO SEXTO, CAP. 1

to corazon (2).*

Decía el bienaventurado San Francisco que se alegra mucho al demonio cuando el corazon de uno está triste; porque fácilmente ó le ahoga en la tristeza y desesperacion, ó le convierte á los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y desesperacion, como hizo con Cain y con Júdas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos; otras con deleites carnales y sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es, que cuando está uno triste, le suelen venir unas veces tentaciones de la vocacion; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento: á algunos ha sacado de la Religion la tristeza y melancolía. Otras veces le suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto á la sensualidad, y procura que se detenga en ellos, so color de que con eso desechará la tristeza y

bre sin algun contento y entretenimiento.

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que dice el Sabio: Todos los males vienen con la tristeza (2). Y en otro lugar: La muerte viene con ella (3), y aun la muerte eterna, que es el infierno. Así declara San Agustin aquello que dijo Jacob à sus hijos: *Haréis que de pesadumbre dé con mis canas en el insierno (4).* Dice (5) que temió Jacob no hiciese tanta impresion y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamin, que le pusiese en contingencia su salvacion, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso, dice, nos avisa el Apóstol San Pablo que nos guardemos de ella, *porque quizá con la demasiada tristeza no acontezca que demos al traves (6).* Por ser tan grandes los danos y

se aliviará su corazon. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos, porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien San Gregorio. Dice que como todo hombre naturalmente desea alguna delectacion y contento, cuando no lo halla en Dios ni en las cosas espirituales, luégo el demonio, que sabe bien nuestra inclinacion, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se le mitiga y alivia la tristeza y melancolía presente. Entended, dice el Santo (1), que si no teneis contento y gusto en Dios y en las cosas espirituales, le habeis de ir á buscar en las cosas viles y sensuales, porque no puede vivir el hom-

⁽¹⁾ Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiæ silvæ. Ps. CIII, 20.-(2) Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittent in obscuro rectos corde. Ps. X, 3.

⁽¹⁾ Sine delectatione anima numquam potest esse, nam aut infimis delectatur, aut summis. Greg. lib. 18 Moral., cap. 8 .- Idem notat S. Bonav. lib. 2 de profectu Religiosor., cap. 2 .- (2) Omnis plaga tristitia cordis est. Eccli., XXV, 17.—(3) A tristitia enim festinat mors. Eccli., XXXVIII, 19.-(4) Deducetis canos meos cum dolore ad inferos. Gen., XLII, 38 .- (5) Aug. lib. 12 sup. Gen. ad lit., cap. 33.—(6) II ad Cor., 2, 7.

peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la Sagrada Escritura y los Santos que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo, ni por vuestro gusto; que si no hubiera más que eso, poco importaba que estuviésedes triste ó alegre. Y por eso tambien la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raiz de muchos males y pecados.

CAPÍTULO II

En que se dan algunas razones por las cuales nos conviene mucho servir á Dios con alegría.

Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete (1): Gozaos siempre en el Señor; otra vez os torno á decir que os goceis y regocijeis, dice el Apóstol San Pablo. Lo mismo nos repite mucha veces en los Salmos el profeta David: *Alegraos en el Señor y regocijaos, ó justos, y gloriaos todos los rectos de corazon (2). Salten de gozo y alégrense en tí, Señor, todos los que te buscan (3). Cantad á Dios con júbilo, moradores todos de la tierra, servid al Señor con alegría: llenos de alborozo llegad á su presencia (4). Alégrese el corazon de los que buscan al Señor (5).* Y en otros muchos lugares nos exhorta á menudo á que sirvamos á Dios con alegría. Y con esto saludó el ángel á Tobías: Dios te dé siempre mucho gozo y alegría (6). Solía decir el bienaventurado San Francisco: al demonio y á sus miembros

pertenece estar tristes, mas á nosotros alegrarnos siempre en el Señor. En las moradas de los justos siempre se ha de oir voz de alegría y de salud (1). Hanos traido el Señor á su casa, y escogido entre millares; ¿cómo habemos de andar tristes?

Bastaba para entender ser esta cosa de mucha importancia, ver qué de veces nos la encomienda y repite la Sagrada Escritura; y el ver por otra parte los danos grandes que dijimos se siguen de la tristeza. Pero para mayor abundancia, y para que viendo al ojo el provecho nos esforcemos más á ello, diremos algunas razones por las cuales nos conviene mucho andar siempre en el servicio de Dios con esta alegría de corazon. Y sea la primera, porque así lo quiere el Señor: Hilarem datorem diligit Deus, dice San Pablo: Quiere Dios un dadivoso alegre (2), conforme á lo que él dijo por el Sabio: *Todo lo que das, dalo con semblante alegre (3).* Así como acá en el mundo vemos que cualquier señor quiere que sus criados le sirvan con alegria, y cuando ve que andan encapotados y le sirven con ceño y con tristeza, no le es agradable su servicio, ántes le enfada; así Dios nuestro Señor gusta de que le sirvamos con mucha voluntad y alegría, no con ceño, ni tristeza.

Nota la Sagrada Escritura que ofreció el pueblo de Israel mucho oro y plata y piedras preciosas para el edificio del templo con grande voluntad y alegría. Y el rey David dió gracias á Dios de ver al pueblo ofrecer sus dones con tan grande gozo (4). Eso es lo que estima mucho Dios. No estima tanto la obra que se hace, cuanto la voluntad con que se hace. Aun acá

⁽¹⁾ Ad Philip., IV, 4.—(2) Lætamini in Domino, et exultate, justi, et gloriamini, omnes recti corde. Ps. XXXI, 11.—(3) Exultent, et lætentur in te, omnes qui quærunt te. Ps. LXIX, 5.—(4) Jubilate Deo, omnis terra, servite Domino in lætitia, introite in conspectu ejus in exultatione. Ps. XCIX, 1.—(5) Lætetur cor quærentium Dominum. Ps. CIV, 3.—(6) Gaudium tibi sit semper. Tobiæ, V, 11.

⁽¹⁾ Vox exultationis et salutis in tabernaculis justorum. Ps. CXVII, 15.—(2) II ad Cor., IX, 7.—(3) In omni dato hilarem fac vultum tuum. Eccli., XXXV, 11.—(4) Cum ingenti gaudio. I Paral., XXIX, 9 et 17.

lb. 16.

solemos decir: la voluntad con que lo hace vale más que todo, y aquello estimamos en mucho, aunque la cosa sea en si pequeña. Y por el contrario, por grande que sea, si no fué hecha con voluntad y alegría, no la estimamos ni agradecemos, ántes nos descontenta. Dicen muy bien que es como quien sirve un buen manjar, pero con salsa amarga, que lo hace todo desabrido.

La segunda razon es, que redunda en mucha gloria y honra de Dios el servirle con alegría, porque de esa manera muestra uno que hace aquello de buena gana y que le parece todo poco para lo que desea hacer. Los que sirven á Dios con tristeza, parece que dan á entender que hacen mucho y que andan reventando con la carga, y que apénas la pueden ya llevar por ser grande y pesada, y eso desagrada y da en rostro. Y así, una de las causas por que el bienaventurado San Francisco no quería ver en el rostro de sus frailes tristeza, era, porque da á entender que hay pesadumbre en la voluntad y pereza en el cuerpo para el bien. Pero esotros, segun van de alegres y ligeros, parece que están diciendo que no es nada lo que hacen para lo que desean y querrían hacer. Como decía San Bernardo: Señor, lo que yo hago por Vos, apénas es trabajo de una hora; y si más es, con el amor no lo siento (1). Eso da mucho contento al Señor, y así dice él en el Evangelio: Cuando ayunáredes, ungid la cabeza y lavaos el rostro, *porque no echen de ver los hombres que ayunais (2):* quiere decir: poneos de fiesta y andad alegre, que parezca que no ayunais ni ha-

jejunans. Matth., VI, 17 .- (3) Nolite fieri sicut hipocritæ tristes.

que quieren dar á entender á todos que ayunan y que echen de ver que hacen algo. De camino se ha de advertir aquí que hay algunos, que para andar con modestia y recogimiento, les parece que es menester andar cabizbajos y con semblante triste, y engañanse. Dice San Leon Papa: La modestia del religioso no ha de ser triste, sino santa (1). Ha de traer siempre el religioso una modestia alegre y una alegria modesta. Y saber juntar estas dos cosas, es gran decoro y grande

ornato del religioso.

Lo tercero, no solamente redunda esto en mucha honra de Dios, sino tambien en provecho y edificacion de los prójimos y en abono de la virtud. Porque los que de esta manera sirven á Dios, persuaden mucho à los hombres con su ejemplo que en el camino de la virtud no hay la pesadumbre y dificultad que los malos imaginan; pues les ven á ellos caminar por él con tanta suavidad y alegría. Con lo cual los hombres que naturalmente son amigos de andar alegres y contentos, se animan mucho á darse á la virtud. Por esta razon particularmente nos conviene mucho á nosotros andar con alegría en nuestros ministerios, por tratar tanto con prójimos, y ser nuestro fin é instituto el ganar almas para Dios. Porque de esa manera se ganan y aficionan muchos, no solo á la virtud, sino á la perfeccion y á la Religion. De algunos sabemos que han dejado el mundo y entrado en Religion, por ver la alegría y contento con que andan los religiosos. Porque lo que desean los hombres es pasar esta vida con contento; y si entendiesen el que tiene el buen religioso, creo se despoblaría el mundo y se acogerían todos á la Religion; sino que es este un maná escon-

ceis nada. No andeis tristes, como los hipócritas (3), (1) Opus meum vix unius est horæ, et si plus, præ amore non sentio. Bern. serm. 14 sup. Cant .- (2) Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus

⁽¹⁾ Religiosorum modestia, non sit mæsta, sed sancta. Leo Papa, serm. 4 quadrages.

dido, que le escondió y guardó Dios para los que el quiso escoger; á vos os descubrió el Señor este tesoro escondido, y no se le descubrió á vuestro hermano, y así él se quedó allá, y á vos os trajo acá: por lo cual le

debeis infinitas gracias.

La cuarta razon por que nos conviene andar con alegría, es porque la obra comunmente es de mayor mérito y valor cuando se hace con esta alegría y prontitud, porque eso hace hacer la obra mejor y más perfectamente. Aun allá dijo Aristóteles: La alegría y gusto con que se hace la obra, es causa que se haga con perfeccion; y la tristeza, de que se haga mal hecha (1). Y así vemos por experiencia que hay mucha diferencia del que hace la cosa con gusto, al que la hace de mala gana; porque éste no parece que atiende más de á poder decir que la hizo; pero aquél estáse esmerando en hacer bien lo que hace, y procura hacerlo lo mejor que puede. Añádese á esto lo que dice San Crisóstomo (2), que la alegría y contento del ánima da fuerzas y aliento para obrar. Y así decía el profeta David: Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum (3): La alegría dilata y ensancha el corazon: pues dice el Profeta: Señor, cuando Vos me dábades aquella alegría con que se dilataba mi corazon, corria yo con grande ligereza por el camino de vuestros Mandamientos. Entónces no se siente el trabajo: *Correrán y no se fatigarán; andarán y no desfallecerán (4).*

Y por el contrario, la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazon: no sólo quita la gana de obrar, sino tambien las fuerzas, y hace que se le haga á uno Otra razon se puede colegir de las pasadas, por la cual es mucho de desear que el siervo de Dios, y especialmente el religioso ande con alegría; y es, porque cuando se ve que uno anda con alegría en las cosas de la virtud y de la Religion, da aquello grande satisfaccion y esperanza que aquel perseverará y llevará adelante lo comenzado: pero cuando le vemos andar triste, sospecha da y temor si ha de perseverar. Como cuando veis á uno que lleva á cuestas una gran carga de leña y que va con pesadumbre, anhelando y suspirando, y aquí pára, y allí se le cae un palo y acullá otro, luégo decis: este no ha de poder con tanto, creo que lo ha de dejar á medio camino; pero cuando le veis ligero con la carga, y que va cantando y ale-

pesado lo que ántes le era fácil. Y así confesó su flaqueza el sacerdote Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisen por no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: ¿Cómo podía yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso y triste (1)? Y los hijos de Israel en el destierro de Babilonia decían: ¿Cómo cantarémos el Cántico del Señor en tierra ajena (2)? Y por experiencia vemos cada día que cuando estamos con tristeza, no sólo se disminuyen las fuerzas espirituales, conforme á aquello del Sabio: In mærore animi dejicitur spiritus (3): *Con la tristeza del animo se abate el espíritu,* sino tambien los corporales, que no parece sino que cada brazo y cada pié nos pesa un quintal. Por esto aconsejan los Santos (4) que en las tentaciones no nos entristezcamos; porque eso quita el vigor del corazon, y hace al hombre cobarde y pusilanime.

⁽¹⁾ Delectatio perficit operationem, tristitia corrumpit. Artst. 14b. 10 Ethic., cap. 4 et 5.—(2) Chrysost. hom. 41 sup. Gen.—(2) Ps. CXVIII, 32.—(4) Current, et non laborabunt; ambulabunt, et non deficient. Isai., XL, 31.

⁽¹⁾ Quomodo potui placere Domino in cæremoniis mente lugubri? Levit., X, 19.—(2) Ps. CXXXVI, 2 et 4.—(3) Prov. XV, 13.—(4) Véase el trat. 4, cap. 10 y 11.

gre, luégo decis: este áun más que aquello llevaría. Pues de la misma manera, cuando uno hace con tristeza y pesadumbre las cosas de la virtud y de la Religion, y parece que va gimiendo y reventando con la carga, sospecha da que no ha de durar; porque ir siempre remando y forcejando agua arriba, es vida de galera y cosa muy violenta. Pero cuando anda alegre en los oficios humildes y en los demas ejercicios de la Religion, así corporales como espirituales, y todo se le hace fácil y ligero, da muy buenas esperanzas que irá adelante y perseverará.

CAPÍTULO III

Que no han de bastar las culpas ordinarias en que caemos para quitarnos esta alegría.

Estiman tanto los Santos que andemos siempre con este ánimo y alegría, que áun en las caidas dicen que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, ni andar tristes y melancólicos. Con ser el pecado una de las cosas por que con razon podemos tener tristeza, como luégo dirémos, con todo eso, dice San Pablo que esa tristeza ha de ser templada y moderada con la esperanza del perdon y misericordia de Dios, para que no cause desmayo ni desconfianza: *Porque no acontezca por ventura que ese tal dé al traves con la demasiada tristeza (1).* Y así, el bienaventurado San Francisco que aborrecía mucho esta tristeza en sus frailes, respondió á uno de sus compañeros que andaba triste, diciendo: No debe el que sirve á Dios andar triste, si

no es por haber cometido algun pecado; si tú le has cometido, arrepiéntete y confiésate, y pide á Dios perdon y misericordia, y suplícale con el Profeta (1) que te vuelva la alegría primera. Tornadme, Señor, aquella alegría y prontitud que sentía en vuestro servicio ántes que pecara, y sustentadme, y confirmadme en eso con el espíritu magnífico y poderoso de vuestra gracia. Así declara tambien San Jerónimo este

DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA

lugar (2).

El Padre Maestro Avila reprehende (3) y con mucha razon á algunos que andan en el camino de Dios llenos de tristeza desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, desmayados y desanimados: y muchos, dicen, hay de estos que no cometen pecados mortales, sino dicen que por no servir á Dios como deben y desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Este es un engaño grande; porque mucho mayores son los daños que se siguen de esa pena y tristeza demasiada, que los que se siguen de la misma culpa; y lo que pudieran atajar, si tuvieran prudencia y esfuerzo, lo hacen crecer y que de un mal caigan en otro, y eso es lo que pretende el demonio con esa tristeza: quitarles el vigor y esfuerzo para obrar, y que no acierten á hacer cosa bien hecha.

Lo que habemos de sacar de nuestras faltas y caidas, ha de ser, lo primero, que nos confundamos y humillemos más, conociendo que somos más flacos de lo que pensábamos. Lo segundo, que pidamos mayor gracia al Señor, pues la habemos menester. Lo

⁽¹⁾ Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur qui ejusmodi est. II ad Cor., II, 7.

⁽¹⁾ Redde mihi lætitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me. Ps. L, 14.—(2) Id est, redde mihi illam exultationem, quam in Christo habui, prius quam peccarem. Hieron.—(3) M. Avila, c. 23 del Audi filia.

tercero, que vivamos de ahí adelante con mayor cautela y recato, tomando avisos de una vez para otra. previniendo las ocasiones y apartándonos de ellas. De esta manera haremos más que con desmayos y tristezas desaprovechadas. Dice muy bien el Padre Maestro Avila: Si por las culpas ordinarias que hacemos, hubiésemos de andar descaidos, tristes y desanimados, ¿quién de los hombres tendría descanso ni paz, pues todos pecamos (1)? Procurad vos de servir á Dios y de hacer vuestras diligencias; y si no las hiciéredes todas, y cayéredes en faltas, no os espanteis por eso, ni desmayeis, que así somos todos: hombre sois, y no ángel, flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria, y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos levantemos luégo, v pidamos mayor fuerza al Señor, como el niño que cae, que luégo se levanta y corre como primero.

Dice San Ambrosio: las caidas de los niños no indignan á su padre, sino enternécenle (2). De esa manera, dice, se ha Dios con nosotros, conforme á aquello del Profeta: Conoce Dios muy bien nuestra enfermedad y miseria, y ámanos como á hijos flacos y enfermos; y así esas caidas y flaquezas nuestras ántes le mueven á compasion que á indignacion (3). Uno de los grandes consuelos que tenemos los que somos flacos en el servicio de Dios, es entender que es Dios tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama aunque nosotros no le correspondamos tan por entero como era razon. *Es rico en misericordia (4);* sobre-

puja su misericordia nuestros pecados. Así como se derrite la cera delante del fuego, así se deshacen todas nuestras faltas y pecados delante de su misericordia infinita. Esto nos ha de animar mucho para andar siempre con grande contento y alegría; entender que Dios nos ama y nos quiere bien, y que por todas esas faltas ordinarias que hacemos, no perdemos un punto de gracia y amor de Dios.

CAPÍTULO IV

De las raices y causas de la tristeza, y de sus remedios.

Pero veamos las raices y causas de donde suele nacer la tristeza, para que así apliquemos los remedios necesarios. Casiano y San Buenaventura dicen (1) que la tristeza puede nacer de muchas raices. Algunas veces nace de enfermedad natural de humor melancólico que predomina en el cuerpo, y entónces el remedio más pertenece á los médicos que á los teólogos; pero hase de advertir que ese humor melancólico se engendra y aumenta con los pensamientos melancólicos que uno tiene. Y así dice Casiano (2) que no menor cuidado habemos de poner en que no entren ni nos lleven tras sí estos pensamientos tristes y melancólicos, que en los pensamientos que nos vienen contra la castidad ó contra la fe, por los daños grandes que dijimos nos pueden de eso venir.

Otras veces, dice que sin haber precedido causa alguna particular que provoque á ello, de repente se

⁽¹⁾ Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit? Ps. CXXIX, 3.—(2) D. Ambros. lib. 2 de reparatione gentium, cap. 3 et ult.—(3) Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se, quoniam ipse cognovit figmentum nostrum. Recordatus est quoniam pulvis sumus. Ps. CII, 13.—(4) Qui dives est in misericordia. Ad Eph., II, 4.

⁽¹⁾ Cas. lib. 9 de instit. renunt.—Bonav. tract. de reform. mentis, cap. 12,—(2) Cap. I.

suele hallar uno tan triste y melancólico, que no gusta de nada, ni áun de los amigos y conversaciones que ántes solía gustar; sino todo le enfada y le da en rostro, y no querría tratar ni conversar con nadie: y si trata y habla, no es con aquella suavidad y afabilidad que solía, sino con sacudimiento y desgracia. De donde podemos colegir, dice Casiano, que nuestras impaciencias y palabras ásperas y desabridas no nacen siempre de ocasion que nos den nuestros hermanos para ello, sino de acá dentro; en nosotros está la causa: el no tener mortificadas nuestras pasiones es la raiz de donde nace todo eso. Y así, no es el remedio para tener paz, el huir el trato y conversacion de los hombres, ni nos manda Dios eso, sino el tener paciencia y mortificar muy bien nuestras pasiones; porque si estas no mortificamos, donde quiera que vamos y á donde quiera que huyamos, llevamos con nosotros la causa de las tentaciones y turbaciones.

Bien sabido es aquel ejemplo que cuenta Surio (1), de un monje, el cual por razon de su cólera é ira poco mortificada, era pesado á sí y á los otros; determinóse de salir del monasterio del santo abad Eutimio, en el cual vivía, pareciéndole que estando quitado de tratar con otros y viviendo solo, cesaría la ira, pues no tendría ocasiones con que airarse. Hácelo así, y encerrándose en una celda, llevó consigo un cántaro de agua, y por arte del demonio se le derramó; levantóle y volvióle á llenar de agua, y segunda vez se derramó cayendo en el suelo; volvió tercera vez á llenarle y ponerle bien, y tercera vez se le derramó; entónces, con más cólera que solía, coge el cántaro y da con él en el suelo haciéndole pedazos. Acabando de hacer esto, cayó en la cuenta y echó de ver que no

era la compañía de los monjes y la comunicacion con ellos la causa de su caida en impaciencias é iras, sino su poca mortificacion, y al fin se volvió á su monasterio. De manera, que en vos está la causa de vuestra inquietud é impaciencia y no en vuestros hermanos: mortificad vos vuestras pasiones, y de esa manera, dice Casiano, áun con las bestias fieras tendréis paz, conforme á aquello de Job: *Las bestias fieras serán mansas para tí (1);* cuanto más con vuestros hermanos.

Otras veces, dice San Buenaventura, que suele nacer la tristeza de algun trabajo que sobreviene, ó de no haber alcanzado alguna cosa deseada. Y San Gregorio y San Agustin y otros Santos ponen tambien esta raiz, y dicen (2) que la tristeza del mundo nace de estar uno aficionado á las cosas mundanas; porque claro está que se ha de entristecer el que se viere privado de lo que ama. Pero el que estuviere desasido y desaficionado de todas las cosas del mundo, y pusiere todo su deseo y contento en Dios, estará libre de la tristeza del mundo. Dice muy bien el Padre Maestro Avila: no hay duda sino que el penar viene del desear, y así á más desear, más penar; á ménos desear, ménos penar; á ningun desear, descansar. De manera, que nuestros deseos son nuestros sayones; esos son los verdugos que nos atormentan y dan garrote.

Descendiendo en esto más en particular y aplicándolo á nosotros, digo que muchas veces la causa de la tristeza del religioso es no estar indiferente para todo aquello en que le puede poner la obediencia; eso es lo que le suele traer muchas veces triste y melancó-

⁽¹⁾ Surius, in vita Sancti Eutimii, mense Januarii.

⁽¹⁾ Bestiæ terræ pacificæ erunt tibi. Job, V, 23.—(2) Greg. lib. 22 Mor., cap. 14.—Aug. sup. illud Ps. 7, «concepit dolorem, et peperit iniquitatem;» et tract. 14 super Joan.

lico, y lo que le hace que ande con pena y con sobresalto: si me quitarán esto, en que me hallo bien; si me mandarán aquello, á que tengo repugnancia. Así lo dice San Gregorio: Porque desea uno tener lo que no tiene, ó teme perder lo que tiene, por eso anda con pena y con sobresalto (1). Pero el religioso que está indiferente para cualquier cosa que le ordenare la obediencia, y tiene puesto todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda contento y alegre, y nadie le podrá quitar su contento; bien podrá el superior quitarle de este oficio y de este colegio; pero no podrá quitarle el contento que en eso tiene; porque no le ha él puesto en estar aquí ó allí, ni en hacer este oficio ó aquel, sino en hacer la voluntad de Dios. Y así consigo lleva siempre su contento, donde quiera que fuere y en cualquiera cosa que le ocuparen. Pues si quereis andar siempre alegre y contento, poned vuestro contento en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y no le pongais en esto ó aquello, ni en hacer vuestra voluntad, porque ese no es medio para tener contento, sino para tener mil descontentos y sinsabores.

Declarando esto más, lo que suele ser muy comunmente causa y raiz de nuestras melancolías y tristezas, es, no el humor de melancolía, sino el humor de soberbia que reina mucho en nuestro corazon, como dijimos tratando de la humildad (2); y miéntras ese humor reinare en vuestro corazon, tened por cierto que nunca os faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones; y así, siempre viviréis con pena y con termento. Y á esto podemos reducir lo que acabamos de decir, de no estar uno indiferente para cualquier cosa que la obediencia le quisiere mandar; porque muchas veces no es el trabajo, ni la dificultad del oficio, lo que se nos pone delante, que mayor trabajo y mayores dificultades suele haber en los oficios y puestos altos que nosotros apetecemos y deseamos; sino la soberbia y el deseo de honra. Eso es lo que nos hace fácil lo trabajoso, y pesado lo que es más fácil y ligero, y lo que nos trae tristes y melancólicos en ello: y áun sólo el pensamiento y temor si nos han de mandar aquello, basta para eso.

El remedio para esta tristeza bien se ve que será ser uno humilde y contentarse con el lugar bajo. Ese tal estará libre de todas estas tristezas y desasosiegos, y gozará de mucha paz y descanso. *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas (1).* De esta manera declara San Agustin estas palabras: dice que si imitamos á Cristo en la humildad, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha facilidad y suavidad (2). Porque lo que hace eso dificultoso, es el amor propio, la voluntad y juicio propio, el deseo de la honra y estimacion y del deleite y comodidad; y todos estos impedimentos quita y allana la humildad, porque ella hace que el hombre se tenga en poco á sí mismo, y niegue su voluntad y juicio, y desprecie las honras y estimacion, y todos los bienes y contentos temporales; y quitado esto, no se siente trabajo, ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino grande paz y descanso.

⁽¹⁾ Quia aut non habita concupiscit, ut habeat; aut adepta metuit, ne amittat; et dum in adversis sperat prospera, in prosperis formidat adversa, huc illucque, quasi quibusdam fluctibus volvitur, ac per modos varios rerum alternantium mutabilitate versatur. Greg. Ub. 22 Mor., c. 14.—(2) Trat. 3, c. 22.

⁽¹⁾ Discite a me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Matth., XI, 29.—(2) Aug. super Ps. 93.